

**FIFI, LEANDRA Y LAS NINFAS**  
(Una simple historia de amor)

POR

**JotaE**

San Isidro, Lima, febrero de 1998

## I.- FIFI

Saetas incandescentes atravesaron la pantalla del televisor y un aviso intermitente que decía "Flash" presagiaba un grave acontecimiento. Luego, surgió un periodista locutor informando sobre el cambio de rumbo del huracán Fifi y que en su vertiginosa carrera se acercaba con amenazante furia a la costa norte de Honduras.

Me acomodé rectamente en el sillón para ver las escenas y escuchar las noticias, las que realmente eran alarmantes por dos motivos. Una de ellas era el pronóstico sobre Fifi de altísimo riesgo o sea devastación, desolación y muerte. La otra, que el proyecto agropecuario, que había coordinado su formulación, sobre el establecimiento de una infraestructura para el sector agrícola y que el Banco de Desarrollo Continental lo había aprobado, corría el riesgo de ser postergado indefinidamente porque los recursos del país se derivarían a la atención de los estragos que ocasionaría el huracán.

El locutor seguía informando - " El huracán Fifi entrará por Balfate e irá de norte a sur. Las autoridades locales están solicitando ayuda al gobierno central para iniciar la evacuación de la población a lugares más seguros. El éxodo ya se ha iniciado en algunos poblados, sin embargo no hay la suficiente certeza que podrán afrontar los embates del huracán. El Comité Nacional de Emergencia, presidido por el Teniente Coronel Rubén Silva Contreras convocó a todos los organismos de las Naciones Unidas y del Sistema Interamericano, presentes en el país, a una reunión urgente ante la amenaza del Fifi " - Siguieron algunas secuencias filmicas de anteriores huracanes y en la base de la pantalla del televisor advertían al público no cambiar de canal porque en pocos minutos se propalarían más noticias.

Me levanté del sillón preocupado y comencé a caminar por la sala y el comedor esperando más noticias. Estas no se hicieron esperar - "La situación es grave - dijo el locutor de la televisión y prosiguió alzando su mano para espantar de su frente una mosca atrevida - El huracán ha pasado por las Islas de la Bahía. Del Hotel Marazul, en la isla de Roatán, hemos recibido noticias por radio que el paso del Fifi ha causado innumerables y cuantiosos daños en el hotel. Felizmente no ha habido lesiones personales que lamentar por las medidas preventivas que se tomaron. Todos los pasajeros y empleados del hotel están sanos y salvos". Siguieron algunos anuncios comerciales que me disgustaron muchísimo y me obligaron apagar el televisor.

Reanudé mi caminata para pensar más sobre las consecuencias que el huracán Fifí podría traer al proyecto agrícola ganadero aprobado por el Banco. La peor de ellas, para mí, sería que las autoridades gubernamentales desestimaran la prioridad que le fue dado postergando el proyecto hasta sabe Dios cuándo. Yo, cuento con tal proyecto como futura fuente de trabajo, por lo menos dos años, contratado por el Gobierno como consultor principal. Es por ello que la noticia del huracán me puso muy preocupado.

Me aseguré que las puertas y ventanas de mi casa estuvieran cerradas y me fui a dormir, pero me sentía muy intranquilo. Fui al baño, abrí la alacena y saqué un pomito con píldoras para dormir. Tomé una de ellas y mirándome al espejo la tragué. Luego abrí la llave de agua del lavamanos y haciendo de mi mano derecha un recipiente tomé un sorbo de agua. Nuevamente me miré en el espejo, me guiñé un ojo como todas las noches y fui a la cama, me acomodé en ella esperando el descanso o mejor dicho la calma de mi ansiedad y así poder dormir. Escuché la caída de la lluvia y me asomé por la ventana de mi habitación para observar su intensidad, y nuevamente me metí en la cama para dormir.

Angustiado por la tormenta salí a buscar personas que necesitaban ayuda. Caminé, luego corrí pero no hallaba a nadie. La tormenta se mostraba más amenazante y no se veía a nadie en la calle. Me dirigí al Ayuntamiento y estaba oscuro tanto o más que la noche que envolvía mi cuerpo y mis pensamientos. Me vi y también me toqué, pero no sentía absolutamente nada.

¿En dónde estará la gente? - me pregunté con extrañeza.

El firmamento estaba cada vez más oscuro y lleno de intermitentes rayos fulgurantes, los relámpagos se veían deslumbrantes y sus retumbantes truenos los escuchaba con temor.

¡Dios mío! - dije al mirar un niño llevado por la corriente que la copiosa lluvia había formado al lado de la acera. Traté de seguirlo para salvarlo pero se perdió en un tragante del alcantarillado. Los rayos y sus compañeros empezaron a modelar figuras humanas, y yo atónito al verlos quedé mudo y paralizado. Reaccioné y quería decirles que nos juntáramos todos en un lugar seguro, pero mis palabras se deformaban al salir de mi boca y ellos al mirarme reían con estruendosas carcajadas. Estiraba mis brazos para alcanzarlas pero se esfumaban de mis dedos ansiosos de cogerlas y salvarlas de los peligros del Fifí. Las figuras se disiparon y aparecieron otras fantasmagóricas que me hablaban y yo, analfabeto en su idioma, sólo quería cobijarlas y ponerlas a buen recaudo. Todas mis mañas utilicé para lograr alcanzarlas pero sólo conseguí transportarme a la vera de un riachuelo en soleado día.

Fue mágico pasar de un lado a otro pero no comprendía cómo en un momento tan desesperanzante podía estar involucrado en una fantasía que no quería.

El sol con su resplandor hizo un espejo en ese curso de agua que reflejaba todo aquello que lo rodeaba. Yo, también fui reproducido. Curioso me arrodillé y mi rostro desencajado por las angustias pasadas se reflejó en un pequeño remanso. No pasó un minuto y noté que mi cara comenzó a tomar otras formas. Mis ojos bajaron de sus órbitas buscando una explicación. Mis pómulos se expandieron deformando mi boca. Ellos iniciaron el calvario de la destrucción de toda mi economía corporal. Mis manos se alzaron instintivamente hacia mi rostro para sujetar la avalancha pero un ruido ensordecedor detuvo todo el proceso desfigurante. Las aguas del río empezaron a enturbiarse, arastrando malezas y otros desperdicios de la naturaleza.

Mi fantasía fue corta porque mi subconsciente estaba atiborrado de pesares, telarañas, crucigramas sin resolver y, además, de angustias por el futuro incierto.

¿Para qué tanta confusión ? - pregunté mirando con rostro afligido al firmamento borrascoso.

El Fifí estaba más impetuoso conforme pasaba el tiempo. Aquel riachuelo se volvió un caudaloso río. Salió de sus cauces ahogando sus veras, inundando sus adyacentes casuchas y llevándose todo cuanto había en su camino. No podía creer lo que veía : un perro nadando a lugar seguro y dejando a su niño amo de lado, y más allá una pata ensayando remontar vuelo pero se detenía para buscar a sus polluelos a quienes trataba de enseñar la misión de sus alas.

¡Que tarde eran esas enseñanzas ! - me dije y pensé también en los párvulos desprotegidos. Pasaron algunos minutos y me rodearon patitos ahogados. Ellos no pudieron enfrentar al caudaloso y asesino río construido por Fifí. Aquella pata se salvó y su tristeza es también la mía. Aquel perro llegó a la orilla, pero se quedó sin dueño, sin casa, aullando como cánido salvaje y su cola antes vibradora de felicidad hoy inerte entre sus crispadas piernas. ¡La devastación ya era una realidad !

¿A dónde iremos para rehacer nuestras vidas ? - me pregunté con marcadas palpitaciones en mi corazón.

Mi visión se fue de repente por un largo momento. Un sonido extremo muy agudo invadió súbitamente mis oídos sacudiendo bruscamente mis sensitivos nervios. Era tan desesperante que injuriaba todo mi cuerpo. Trataba de agarrar algún artefacto pero mi brazo extendido era impotente de hacerlo. No llegaba al origen del ruido. Hasta que me desperté exaltado, sudando y jadeante. Abrí mis ojos, rojos e hinchados, y pudieron ver un entorno felizmente conocido. Mi cerebro se organizó de tal manera que pude comprender que todo el pasado cercano sólo había sido una pesadilla. Y llegué, por fin, a coger el teléfono que seguía con su infernal toque de llamada.

- ¡Aló ! - dije con voz perezosa. Ví el reloj y eran las seis y media de la mañana y me vino instintivamente un displaciente bostezo.

- ¡Aló!, doctor Francisco, soy Marco Desiderio. Le estoy llamando desde Honduras. Quiero informarle que urge su venida a Tegucigalpa para que hable con el Ministro de Agricultura. Tengo información que los recursos económicos nacionales aprobados para el proyecto, que usted elaboró, serán destinados para atender el desastre que está causando Fifi - Hizo mutismo para respirar y prosiguió. - Doctor Francisco si usted viene puede conseguir que no suspendan el proyecto. El Ministro Arce Bardales le tiene gran aprecio. ¡Por favor, haga el esfuerzo !.

- Le he escuchado con mucha atención, doctor Marco - le contesté y añadí. - Hoy mismo, a primera hora, voy hacer los trámites necesarios para ver si logró viajar esta tarde a Tegucigalpa. Le estoy llamando por teléfono para confirmarle mi viaje después del medio día, - y terminé diciéndole - espero que todavía puedan aterrizar aviones en el aéropuerto de Tonkontín.

Luego, colgué el teléfono y me apresuré a desayunarme y alistarme. En un par de horas ya estaba encaminándome hacia la agencia de viajes " La Buena Ruta S. A.". Instalado frente a Rocío hice todas las averiguaciones sobre mi viaje. Ella era mi amiga de muchos años. Rocío con su experiencia y contactos personales con la compañía aérea pudo conseguirme un pasaje para las 4 p.m. Le agradecí y la felicité por su eficiencia.

- ¡Rocío salgamos a tomar un café! - la invité para manifestarle más mi agradecimiento.

- No, no puedo. Tengo mucho trabajo - me contestó y prosiguió - Te cuento que ayer estuve en una reunión con varias parejas de amigos muy amenos y nos divertimos mucho. El próximo viernes nos vamos a reunir nuevamente y, por supuesto, estás invitado.

Le agradecí nuevamente su diligencia y la invitación. Me despedí de beso en su mejilla. Luego, me dirigí al Banco a retirar dinero para el viaje y hacer algunos trámites bancarios que nunca faltan mensualmente. De regreso en la casa, me apresuré en ordenar una maleta con ropa para tres semanas. También, me dirigí a mi biblioteca y seleccioné un libro de consulta profesional y el primer tomo del estudio que desarrollé en Honduras que contiene el resumen del proyecto y los puse en mi maletín de viaje. Fui a la sala, prendí la radio con el fin de escuchar noticias del huracán, pero no tuve suerte. Me sentía nervioso por la proximidad del viaje y por ello mi almuerzo se limitó a un emparedado muy simple.

## II LEANDRA

¡Leandra della Valle, atractiva hembra !. Ella se graduó de Asistente Social y su especialización la hizo en Italia, terminándola con reconocimiento académico. De regreso en su país empezó a trabajar en una gran fábrica de frutas en conserva. Ahí, conoció a Robertito, el Gerente Ejecutivo de la firma, y luego de año y medio de noviazgo se casaron. Durante la luna de miel, Leandra comenzó a notar, en Robertito, ciertos amañamientos que bordeaban la línea divisoria entre un hombre y una mujer. Cada vez más, según me contó ella, él buscaba excusas para evadir las obligaciones del macho. Y, tanto fue el cántaro al agua hasta que se rompió. La separación fue irremediable. Sin embargo él trató de evitar la ruptura del compromiso, pero ello fue inevitable porque ya no había satisfacciones de ninguna clase. El matrimonio duró casi un año.

Leandra no podía creer lo que estaba viviendo. Ya separada, Robertito la seguía y la celaba permanentemente, hasta el extremo de amenazarla con desfigurarle el rostro e invalidarla. Es por ello que cuando la conocí me pareció una atractiva hembra pero con temores.

Flaca, de piel blanca sin pecas, así era Leandra. Su rostro no era bello pero sí atractivo. Tenía unos ojos grandes y griseos que contrastaban con su pelo negro azabache. Su boca normal y carnosa, con una amplia sonrisa que invitaba a invitarla. Leandra tenía más atributos, como por ejemplo: sus hombros y su pecho se movían rítmicamente con la modulación de su conversación o con su cimbreante caminar, así mismo las mellizas sobresalientes acompañaban su respiración y se agitaban cuando el entusiasmo de la conversación erótica olvidaba el acecho de su ex-marido. Era de cintura marcada y la cadera más bien angosta que ancha y sus nalgas redondas sobresalían más por la flacura de su cuerpo que por su gordura. Sus muslos y pantorrillas torneadas a su delgado cuerpo complementaban su encanto de hembra generosa. ¡Sí, ahí había de donde agarrarse !.

Leandra se mostraba extrovertida en la intimidad e introvertida cuando estaba en grupo. Ella era muy observadora y conceptualizaba con profundidad algunos aspectos de la vida, sobre todo con respecto a las relaciones entre el hombre y la mujer.

Durante mi primer mes de estancia en Tegucigalpa, para elaborar el proyecto agrícola ganadero, fui invitado a una fiesta por uno de los directores del Ministerio de Agricultura y fue ahí que conocí a Leandra. Cuando me la presentaron se ruborizó y ello me llamó mucho la atención. No dejé de mirarla todo el tiempo que la oportunidad me facultaba para hacerlo. Había algo en ella que no me permitía dejar de mirarla. Al final de la reunión se dio la ocasión y la aproveché acercándome a ella y nuevamente sus pómulos tornaron a un rojo vivo.

- Leandra - le dije y proseguí - Me llamo Francisco Aguiar y puedes decirme Francisco a secas. Eres muy atractiva y espero que mis palabras no te molesten. Me gustaría conocerte más para ganarme tu amistad. ¿Te parece bien si podemos salir a cenar mañana ?.- terminé mis palabras un poco nervioso porque no las empecé con decisión.

- No se si pueda mañana - me contestó con firmeza pero su rubor no había desaparecido. Ello me dio ánimos para seguir insistiendo.

- ¡Gracias! - le dije y seguí - el "no se si puedo" quiere decir que hay esperanzas. ¡Te quiero decir la verdad!. Hay algo en tu persona que me pone inquieto y curioso. Tengo la certeza que esa cena será el hado que vinculará nuestras vidas. Me gustas y no dudes de lo que te acabo de decir. Discúlpame por ser tan sincero pero creo que somos personas mayores y nuestro comportamiento debe ser franco y directo - hice una pausa y le pregunté - ¿Estás de acuerdo ?

Me miró muy fijamente y dijo - Sí, estoy de acuerdo contigo en lo de adultos - hizo una pausa y siguió - te agradezco tu franqueza. Yo trabajo en el Instituto de Bienestar del Niño. Pregunta por mi a la telefonista y ella me pasará tu llamada.

La miré sonriente y volvió a ruborizarse, y le dije - ¡Ahora debo irme ! - Le di la mano para despedirme y me ofreció la suya, la tomé jalándola y su cuerpo liviano vino hacia mi y le di un beso en su mejilla derecha. Sentí un cuerpo trémulo. Le miré el rostro y fue grata la sorpresa. Sus ojos brillaron y sus párpados acompañados de negras y entornadas pestañas subieron y bajaron varias veces a mil por hora. Su sonrisa se hizo y mi suspiro fue triunfal !

Al día siguiente, desde mi oficina la llamé por teléfono y me contestaron que había salido con la Presidenta de la Institución. Además, me preguntaron si era el Dr. Aguiar, porque tenían el encargo de decirme que ella aceptaba la invitación pero que había un problema y que por favor volviera a llamar al terminar la tarde. ¡Así lo hice !.

- ¡Aló ! Leandra, soy Francisco. - dije cuando ella pasó al teléfono.

Ella inmediatamente contestó. - Francisco, discúlpame pero esta mañana tuve que salir con Doña Cristina Coronel, la Presidenta de la Institución quien también es la esposa del Presidente de la República, el General Benito Quesada Jiménez - Respiró profundamente denotando emoción y prosiguió. - ¡Francisco! No me acordaba que para hoy había hecho un compromiso con una íntima amiga.

Pensé rápidamente y para evitar una postergación de la cita, exclamé - ¡Eso no importa! - Y seguí hablando. - Es una oportunidad para ir conociendo a tus amigas. Invítala para que nos acompañe. - Y proseguí hablando, para no darle oportunidad a una respuesta negativa. - Estoy alojado en el Hotel Maya, habitación 461. Las espero a las 8 de la noche. ¿Qué te parece? - Terminando así mi persuasión.

Ella me dijo que hablaría con la amiga, la convencería, y que estarían a esa hora en el Hotel.

Al nombrar al Presidente y a su esposa me vino a la memoria algunos chistes que corrían por la ciudad: "El Presidente era el único general que obedecía a un coronel". Algunas lenguas viperinas decían que: "El General tenía amores con un Coronel". Y así por el estilo. No cabían dudas que eran chistes inventados por la oposición política.

Rebeca amiga íntima de Leandra también había vivido la tragedia de una separación. Ella era mayor que Leandra y por ello su consejera. Cuando nos conocimos hubo reciprocidad inmediata. Congeniamos como si fuéramos amigos de mucho tiempo. Fue una gran ayuda para que Leandra se decidiera aceptarme.

Durante la velada Rebeca se contó algunos chistes y Leandra trató de recordar algunos pero no consiguió su objetivo, además se reía antes de terminarlos y nos quedábamos con el cuento a la mitad.

Los tres salimos juntos varias veces. Mucho tiempo después me enteré que Rebeca convenció a Leandra para que saliera a solas conmigo. Esta salida tuvo condiciones que debí cumplir a cabalidad. La primera fue pasar por ella en una esquina previamente convenida. La segunda, cenar en un restaurante alejado de la ciudad y que no fuera muy concurrido, y la tercera, terminada la cena, dejarla en el mismo lugar donde la recogí.

Después de la cena llegamos a la esquina convenida. Recordé que cuando la recogí vi una esquina con mucha vida, imaginándome rosales copados de flores y abrazados al calor de los rayos de un sol en el ocaso, y gente caminando apurada y sonriente tratando de llegar a un destino feliz. Descendimos del taxi y al ver nuevamente tal esquina me pareció una paupérrima parcela de árido desierto.

- ¡Leandra !. Esta debe ser la primera y última vez que jugamos a los escondidos de Robertito - Le dije con amabilidad y esperanza de tomar juntos una decisión al respecto.

Sus ojos humedecieron pero supieron detener lágrimas y me contestó - ¡Francisco, confía en mí ! – Luego, su rostro tomó una posición directa hacia el mío enfrentando mi mirada y prosiguió - No quiero involucrarte en este problema. Yo, sola resolveré esta situación - Terminó su frase alzando su mano para acariciar suavemente mi rostro. Le agradecí el cariño besándole la palma de su mano. Ella la retiró inmediatamente con gran rubor en sus mejillas y respiración profunda, delatada por el pronunciamiento de sus mellizas. Ese comportamiento me hizo pensar en su sensualidad.

Insistí en acompañarla hasta su casa pero me rechazó moviendo su cabeza de izquierda a derecha un par de veces y diciéndome que aún no, que tuviera paciencia y que pronto llegaría el día para ello. Me acerqué para besarla y ella se abandonó en mis brazos insistiendo en un beso apasionado. ¡Fue muy apasionado ! Ella dio media vuelta y se alejó mirándome de reojo con amorosa picardía. La vi alejarse y la tal esquina volvió a llenarse de flores. Así terminó, nuestra primera cita a solas, con un beso consentidor de nuestras futuras satisfacciones.

Decidí regresar al Hotel caminando porque no era muy tarde y además quería recordar mi primera cita a solas con Leandra. Mientras caminaba recordé que ambos habíamos cenado lo mismo: un cocktail de camarones y un filet de róbalo en salsa de mantequilla negra con verduras cocidas. El vino blanco francés de Rhone fue el adecuado compañero de la cena. También recordé que Leandra debido al vino y a la alegría que sentía, por el momento que pasaba, sonreía unas veces y otras reía y yo le hacía eco por los mismos motivos. Cuando nos sirvieron el tirami-sú de postre le estaba diciendo que “el hombre tenía el privilegio de hacer las propuestas y la mujer el privilegio de decir si o no”. También le conté que en una oportuna oportunidad mi Maestro me dijo : " A las mujeres siempre tienes que pedirselo, porque si no te lo dan te lo agradecen ". Ellas cuando no quieren siempre responden: ¡No gracias! En ambos momentos Leandra se ruborizó, sin embargo de su mirada brotaron malicias de pasión.

Al llegar al Hotel tenía una nota de la Gerencia en la que me decía que tenían libre un departamentito en el anexo del Hotel y que podía hacer uso de él desde mañana por la mañana. Fui al baño para "cambiar de agua al canario", lavarme los dientes y ducharme. Luego, tomé el control remoto del televisor y lo puse a funcionar en el canal de noticias. Retrocedí y fui hacia la cómoda para coger un vaso y llenarlo hasta la mitad con un "old scotch" de 12 años. Con la lentitud que amerita el saborear un sorbo de buen whisky tras otro, fui bebiéndolo mientras escuchaba las noticias. No pasó mucho tiempo que la calma logró vencer a la excitación del día por las tensiones del trabajo y por la primera cita a solas con Leandra.

¡Amanecí con la sensación de estar perdiendo mi libertad de garrañon !.

Con el acompañamiento de una densa niebla llegamos por carretera a las ruinas mayas en Santa Rosa de Copán. Leandra y yo disfrutamos de esa cultura admirando su arquitectura. ¡Sí !, ella y yo pasamos juntos el fin de semana en San Pedro Sula. Hicimos de nuestra habitación en el Hotel un aposento de frenesí. Leandra se dio íntegra pero exigió correspondencia a su pasión y también mucho amor.

El día lunes, anterior a dicho fin de semana, estábamos cenando en casa de Rebeca y durante la comida le dije a Leandra que por razones de trabajo debía viajar a la costa norte a San Pedro Sula y le pedí que me acompañara. Ella inmediatamente cruzó mirada con Rebeca y ésta asintió con pícaro sonrisa. Leandra dejó de lado el reojo para verme directamente y con dulce mirada sonrío e hizo intención de hablarme pero sólo movió su cabeza de arriba hacia abajo y viceversa. Al segundo su sonrisa se hizo más grande y de sus ojos grices brotaron mensajes amorosos de entrega total. Rebeca levantó su copa festejando la decisión de Leandra y recomendándome que la hiciera dichosa viviendo intensamente cada minuto durante el viaje. ¡Rebeca no tenía pelos en la lengua!

0 0 0

Estaba leyendo un libro sobre la aplicación de fórmulas estadísticas que debería utilizar en el estudio que estaba haciendo para el Ministerio de Agricultura, cuando escuché débiles toques en la puerta de mi apartamento. Sonreí, señale la página del libro y me acerqué a la puerta para abrirla. Era Leandra y la recibí con un beso en sus labios que fue correspondido efusivamente. Se separó de mí, se sacó la chaqueta y la blusa fuera del pantalón. Caminó hacia el sofá y moviendo sus grandes ojos y un mohín de comparsa me citó como a toro bravío. Pensando en "aquel abrazo" de San Pedro Sula me acerqué como una exhalación. Me hizo sentar en el sofá y ella hizo lo mismo pero sobre mis piernas. Así y de costado cruzó su brazo derecho sobre mi pecho de tal forma que su mano se ubicó en mi nuca y cogió mi mano izquierda y la puso sobre su nalga para que le sujetara todo su cuerpo. Su cabeza la colocó sobre mi hombro cerca de mi cuello para que sus labios no hicieran esfuerzo alguno para besarme.

En esa posición, más la yema de sus dedos sobando suavemente mi nuca y los besos intermitentes en mi cuello, el macho se insinuó y al sentirlo la hembra con sus instintivas caricias y un susurro en mi oído, dijo - " ¡ Hoy no mi amor, mañana sí! es una promesa" - ¡ Fue todo un acto democrático !. Dejé que dormitara acurrucada sobre mí. Agarré nuevamente mi libro, lo abrí donde había dejado la señal y fijé mi vista en la página pero me puse a pensar en la promesa.

¡No tenía duda alguna, Leandra había nacido para ser amada y yo para satisfacerla !

Dos horas después, el teléfono sonó y Leandra se levantó poniendo la blusa en su lugar y me dijo - Debe ser el chofer de la oficina que viene por mí. Estuvo cenando en casa del hermano que vive muy cerca y se ofreció pasar a esta hora para llevarme a mi casa.- me miró y continuó hablando - ¡Espero que no te moleste !

- ¡ La Licenciada della Valle está saliendo ! - dije contestando y colgando el teléfono.

La acompañé sólo hasta la puerta del departamento porque así me lo pidió. Me abrazó y me dio un beso de despedida cargado de pasión en todo su cuerpo y al separarse me guiñó su ojo derecho como diciéndome que era un adelanto de mañana. Dio media vuelta y acomodó su chaqueta en su espalda y comenzó a caminar cimbreando hombros y cadera en cada paso. Al ver como se alejaba hacia la puerta del anexo del Hotel, me vino a la memoria que la naturaleza era muy pródiga y que uno de mis deleites era: “ mirar a una potranca retozando en su prado y observar a una mujer latina caminando”.

Durante la semana, Leandra llegaba al departamento después del trabajo. Nos poníamos a conversar, leer o ver la televisión algunos días y otros, los más, luego de los requiebros iniciales y caricias amorosas, nuestras partes externas de la generación se acoplaban e internamente se complementaban. Así, ambos animados rítmicamente comenzábamos a buscar el climax deseado en nuestros orgasmos. Llegábamos a satisfacernos mutuamente. Ella siempre se mostraba estupenda y, además, me hacía sentir como a un eficiente hechor. Los viernes generalmente teníamos compromisos sociales que atender o cenábamos en un restaurante de la ciudad con algunas amistades. Los sábados salíamos de Tegucigalpa por carretera para descansar y conocer ciudades cercanas, pernoctábamos en un hotel y regresábamos los domingos entrada la noche. La dejaba en su casa y luego derecho al departamento a descansar del viaje.

El día de su cumpleaños la llamé por teléfono muy temprano para felicitarla y para comprometerla a pasar todo el día juntos fuera de la ciudad. Ella me agradeció y me dijo que doña Cristina, la Presidenta, había llamado minutos antes para saludarme e invitarnos a cenar en su casa con el fin de celebrar el día. Le dije que me parecía muy bien y que pasaría por ella a las 8 de la noche.

Luego de recoger a Leandra, a Dina su mamá y a Rebeca, llegamos a la casa particular del Presidente, el General Benito Quesada Jiménez y de su esposa doña Cristina Coronel, pero para ello tuvimos que pasar primero por cuatro retenes armados. Nos recibió un empleado que nos condujo directamente a la sala familiar. Hecho que me llamó la atención, pero después, durante la cena, comprendí el ¿por qué ?.

Al presentar mis respetos a doña Cristina, ella con mucha curiosidad y malicia me dijo: - Así que tu eres Francisco, el que tiene loquita a mi ahijada ! - Yo le respondí : - ¡Señora Presidenta, creo que es al revés !. Leandra tiene muy buenas consejeras.- Reímos todos. Claro está que el corralito ya estaba hecho, pero no me preocupaba porque me sentía feliz.

La cena fue exquisita, brindamos con vino y champám de los mejores y le cantamos a Leandra por su onomástico antes de que ella soplara las tres velitas encimadas en su torta de cumpleaños. No faltaron los chistes de Rebeca y la Presidenta contó algunas anécdotas políticas de su marido.

Durante la cena me enteré que las doñas Cristina y Dina habían sido amigas desde los cinco años de edad y que Leandra era tratada por la Presidenta como la hija que le faltaba. Así mismo, que el señor Presidente también era su padrino y que llegaba esa noche de viaje. Había tenido una reunión urgente en la frontera con su par del país vecino Nicaragua.

Así, transcurrieron los seis meses que duró el estudio que elaboré para el Ministerio de Agricultura. Fue todo un éxito desde el punto de vista técnico, profesional y social. Me quedé en Tegucigalpa un mes más para estar con Leandra, pero llegó el momento de regresar a mi país y así lo hice.

Durante el año y medio que duraron las negociaciones del préstamo, entre el Gobierno con el Banco de Desarrollo Continental, para poner en ejecución tal proyecto, viajaba cada tres semanas a Honduras para verme con Leandra. Otras veces le enviaba los pasajes para que ella me visitara. Cada vez nuestras relaciones eran más intensas, lográndose crear, en nuestra lejanía, una añorada dependencia.

### III LAS NINFAS

Llegué al aéropuerto con una hora de anticipación. Hice la fila respectiva frente al mostrador de la compañía aérea para el chequeo del pasaje, maletas y asignación de asiento. Luego fui al “duty free” y compré un perfume para Leandra, el “ Excitement “ de Rual-Rogger con fragancia de jazmines. Me dirigí al teléfono y llamé a Leandra para decirle que estaba llegando al aéropuerto de Tonkontín a las 6:30 pm. aproximadamente y que me reservara una habitación en el Hotel Maya.

Abordé el avión que me llevaría a Tegucigalpa a la hora fijada. Me ubiqué en el asiento designado y esperé el despegue. La azafata principal comenzó a explicar a los pasajeros sobre las precauciones que se deberían tomar durante el vuelo y en situaciones de emergencia. Todos los pasajeros estuvimos atentos porque además nos informaron que la cercanía del huracán Fifí a Tegucigalpa, según los pronósticos metereológicos, alteraría el tiempo en esa ciudad capital, más o menos, cuando nuestro vuelo estaría por aterrizar.

Ya en el aire, me desajusté el cinturón del asiento y abrí mi maletín de viaje, saqué un libro sobre formulación de proyectos de inversión en el capítulo indicadores de evaluación. Tal era mi preocupación que no pude leer ni una línea debida a la posible entrevista con el Ministro de Agricultura, con relación al futuro del proyecto. Cerré el libro y lo puse sobre mis piernas, también cerré los ojos para concentrarme y pensar en los fundamentos más convincentes que debería exponer al Ministro de Agricultura, para que dicho proyecto y sus recursos económicos asignados se les siga considerando prioritarios.

La azafata me tocó el hombro y al abrir mis ojos me indicó que me ajustara el cinturón del asiento, informándome que el radar mostraba que venía una zona de turbulencia atmosférica. Por el altoparlante, el Capitán de la nave, nos informó que el huracán había cambiado de rumbo inesperadamente y que venía hacia nosotros. También comunicó que había mucha interferencia por la radio y que prácticamente estábamos incomunicados. ¡Nos exigió calma!. Las azafatas hicieron un recorrido por el avión con el fin de asegurar que todo estuviera en orden. El inicio de un pánico progresivo se comenzaba a notar en algunos pasajeros.

Luego de cinco minutos, se volvió a escuchar la voz del Capitán y nos informó que había decidido cambiar su plan de vuelo en vista de la persistente incomunicación en la que nos hallábamos. El avión hizo un viraje a la izquierda y empezó a moverse como si estuviéramos sentados encima de un caballo en pleno trote. Inmediatamente mi vecino de asiento se aflojó el nudo de la corbata, hizo la señal de la cruz, cerró los ojos y se aferró a su asiento. Cuatro segundos más tarde comenzó a sudar notoriamente. Volví mi cara hacia la izquierda y me encontré con un rostro desencajado y el niño a su lado pálido, casi transparente. Ambos tenían la bolsita lista para el trasbocado que se les venía.

Miré por la ventana del avión y sólo miré un cielo ensombrecido. Entre las caprichosas figuras formadas por lóbregas nubes observaba, a lo lejos, resplandores multicolores de relámpagos y otras veces rayos fulminantes que desdibujaban el horizonte. La cabina de la nave estaba oscura, sin embargo se podían ver movimientos nerviosos de los pasajeros sujetos a sus asientos. También se escuchaba lloros con sollozos de algún niño. Mi estómago empezó a anunciarme su desaliño debido a los frecuentes bolsones que atravesaba el avión, y que por la inercia mis órganos internos tendían a ir hacia arriba mientras que mi cuerpo estaba aferrado al asiento por la correa de seguridad y la fuerza de mis brazos.

Varios compartimientos para equipajes, ubicados encima de los asientos, se abrieron y algunas cosas comenzaron a caer. Esta situación indeseable fue advertida por una azafata quien presurosa y bajo el riesgo de golpearse contra los asientos o rodar por el suelo inició su aventurado cierre de puertas. Ella llegó al lado mío trastabillando antes de dar con su trasero al suelo. Inmediatamente traté de pararme para ayudarla pero el cinturón de seguridad me lo impidió, quitándome así la oportunidad de comportarme como un caballero. Ella se dio cuenta de mis buenas intenciones y dejó su gesto de dolor por una sonrisa de agradecimiento. Luego se aferró de mi antebrazo izquierdo como apoyo para pararse, pero yo le indiqué que se quedara echada en el suelo porque el avión estaba moviéndose peor que coctelera. Al reducirse un poco el movimiento, la azafata se levantó y se fue caminando a raja tabla hacia su lugar, golpeando su trasero con los respaldares de los asientos unas veces y otras con los hombros de algunos pasajeros.

Estaba nervioso por la situación adversa. Yo conocía la rutina del vuelo a Tegucigalpa y mi preocupación era la llegada al aéropuerto de Tonkontín. Según mis cálculos horarios, pasados los 10 minutos siguientes, deberíamos llegar al cañón de ingreso a la ciudad de Tegucigalpa e iniciar el descenso que nos llevaría directamente a la pista de aterrizaje. Dicho cañón era mi gran preocupación debido a su estrechez, además se adicionaba la carente visibilidad e incomunicación en que nos hallábamos por la tormenta en la cual estábamos inmersos y, también, por el plan de vuelo cambiado por el Capitán de la nave.

El avión con sus ocupantes seguía “trotando”, sin esperanza de cambio por el lúgubre entorno que lo rodeaba. Debido a los vaivenes del vuelo, se abrió una de las puertas de la alacena, donde se guardan las refacciones, cayendo de ella una serie de vasijas y recipientes que al chocar con el suelo hicieron estruendoso ruido. Tal barullo nos exacerbó y exasperó nuestra decadente ilusión de un buen arribo.

¡A estas alturas de tan singular vuelo, la luz mortecina de la cabina sólo podía definir sombras!

Desesperanzado por la desgraciada ocurrencia, noté que mis manos estaban sudando y adoloridas por la fuerza de aferrarme con ellas al asiento. También noté que mi respiración estaba acelerada y acompañada por gotas de sudor que bajaban vertiginosamente de mis sienes hasta el borde de mi mandíbula inferior para caer, luego, a un espacio saturado de incertidumbres.

¡Ya no tenía duda ! Cerré los ojos y con fervor rogué al Creador que calmara la furia de la naturaleza y de no ser posible, otorgarme una paz eterna sin dolor. Al terminar mi oración inicié un recorrido de recuerdos y añoranzas, pasando por mi niñez, mis padres, hermanos, amigos del colegio, de la universidad y compañeros de trabajo, entre otros. Felizmente mi nostalgia fue consolada cuando apareció Leandra. Ella, allá sola en el aéropuerto esperándome e ignorante de que la estaba pensando con aflicción por la involuntaria cercanía de un adiós para siempre. Cerré mucho más los ojos para que la visión no se disipara y así poder estar en ella durante los últimos momentos de este aciago día. Percibí la humedad de sus labios, el sabor de su boca y el aroma de su piel excitada. ¡ Ella, no se imaginaba la falta que me estaba haciendo !

Sentí leves toques en mi hombro izquierdo. Abrí los ojos y borrosamente miré a la azafata. Las primeras palabras que entendí fueron para que enderezara el respaldar y que me ajustara el cinturón del asiento. Con la respiración acelerada por la pesadilla en que había estado durante mi sueño, me moví para obedecer y el libro que tenía en mi regazo resbaló hasta el piso, lo recogí con gran esfuerzo y escuché a la azafata que estábamos empezando el descenso para aterrizar en el aéreo puerto de Tonkontín. Incrédulo miré por la ventanilla y vi esplendorosos arreboles de un sol que ya se había ocultado detrás de las montañas del cañón. Claramente se notaban sus rayos, saliendo de las crestas de esas montañas, incidiendo en las nubes y pintándolas con una gama de vigorosos colores anaranjados que culminaban en el rojo fuerte. Vino a mi memoria un rubor en las mejillas de Leandra. Y, en lontananza un gris cada vez más lóbrego por el asomo de la noche con nubarrones de verano.

Descendí por la escalinata del avión y me dirigí a inmigración para el chequeo del pasaporte. Luego me acerqué a la banda transportadora de equipajes para retirar el mío y dirigirme a la aduana. Ahí encontré al chofer del Instituto de Bienestar del Niño, quien me facilitó la salida. En la sala de espera me recibió Leandra con un efusivo abrazo y particular beso, como recordándome que deberíamos recuperar nuestras ausencias.

Durante el trayecto al hotel, Leandra me comentó que en el Hotel Maya no había lugar, ni en ningún otro hotel aparente, debido al éxodo de familias que estaba ocasionando Fifí, y que sólo había conseguido en un hotelucho de tercera categoría llamado “Hotel Las Ninfas”, en Comayaguela, ciudad unida a la capital.

Leandra y yo bajamos del auto y entramos al hotel para registrarme. Al ver al empleado le dije que tenía una reserva de habitación simple. Miró su archivo y asintió. Luego me dijo que el precio por dos horas era de 20 Lempiras. Leandra y yo nos miramos y soltamos la carcajada, y en son de chiste le dije a ella que nos apuráramos que la hora ya estaba corriendo. Me dirigí al empleado y le dije que me iba a quedar uno o dos días completos hasta conseguir otro hotel. Sin inmutarse, el empleado, me entregó la llave de la habitación 221. Subimos al segundo piso y abrí la puerta de la habitación. Leandra al ver el moblaje y el ambiente se disculpó diciéndome que era lo único que había podido conseguir, por teléfono, pero que si ella lo hubiese conocido de antemano no lo habría tomado. Le dije que no se preocupara, que sólo era por un par de días hasta encontrar algo más aparente. La acompañé a la salida. Ella tenía una reunión relacionada con el huracán Fifí en el Comité Nacional de Emergencia y debía asistir acompañando a la Presidenta del Instituto. Al despedirnos con un beso cariñoso me dijo que a las nueve de la noche regresaba para ir a cenar.

Regresé a mi habitación y desempaqué. Luego bajé y le pregunté al conserje sobre el barrio. El me contestó con alegría que el hotel estaba en un lugar ideal porque estaba rodeado de bares y bailaderos, y por eso la gran cantidad de mujeres que rondaban por la cercanía y parejas que utilizaban el hotel. Salí a la calle y le di una vuelta a la manzana comprobando la información del conserje. Regresé al hotel y subí al segundo piso para dirigirme a la habitación 221. Abrí la puerta y tomé el teléfono para llamar al doctor Marco Desiderio.

- ¡Aló ! - ¿El Doctor Desiderio?. - pregunté.

- ¡Si, soy yo ! ¿Con quién hablo? - contestó el doctor Marco Desiderio.

- Francisco Aguiar. Llegué a Tegucigalpa hace una hora y estoy hospedado en el Hotel Las Ninfas, que queda en Comayagua.- Le contesté.

- ¿ Cómo ? ¿ Qué hace usted en ese hotelucho, estimado doctor ? ¡Ese hotel prácticamente es un prostíbulo ! Inmediatamente le voy a buscar un hotel aparente. - replicando el doctor Desiderio con sorpresa y luego con firmeza.

- Estoy haciendo lo mismo pero parece que está muy difícil conseguir para hoy día. Mañana voy a su oficina, para conversar sobre la entrevista con el Ministro Arce Bardales y también para buscar un mejor alojamiento - Hubo una interrupción y continué hablando. - ¡Entonces, nos veremos mañana! - me despedí y colgué el teléfono tirándome sobre la cama para descansar.

Casi a la hora fijada llegó Leandra y fuimos a cenar a un restaurante tipo familiar, no obstante nuestra cena fue muy frugal. Regresamos al hotel y subimos a mi habitación. Ahí, ambos tendidos sobre la cama, mirando al techo, me comentó sobre su reunión y sobre los estragos que estaba ocasionando el huracán Fifí, particularmente en la agricultura y en especial en las grandes plantaciones bananeras. Las noticias oficiales también decían sobre las inundaciones y perjuicios irreversibles para el campesinado, que en pocas horas, se habían quedado en la nada. Las torrenciales lluvias habían generado el desbordamiento de los ríos, llevándose cuanto había en sus nuevos cauces como casas, puentes y animales, entre otros, configurando horizontes tenebrosos. También pusieron de manifiesto el comportamiento estoico de los damnificados, los que siempre seguían notorios por su pobreza o por su miseria. Por momentos, Leandra con su narración, me hacía recordar vagamente aquella pesadilla que tuve cuando escuché por primera vez del Fifí.

Al percibir en ella sentimientos de tristeza, me di vuelta y le besé la frente. Ella, instintivamente se arrimó más a mi cuerpo y amoldándose a él levantó el rostro, con sus ojos griseos humedecidos, pidiéndome un beso más apasionado. Pocos minutos después movilicé todos mis argumentos sexuales para iniciar conjuntamente con ella la fusión de nuestras pasiones y así alcanzar la dicha que habíamos esperado tanto tiempo.

¡La comunión de nuestra sensualidad hacía de nuestro apetito carnal un placer cada vez más sublime !

Era tanto el calor que sentíamos en la habitación que nuestros cuerpos estaban bañados en sudor. Decidimos dar por terminado nuestro encuentro amoroso y fuimos directamente a la ducha para quitarnos el sudor y así refrescarnos. Terminamos de ducharnos y al tratar de cerrar la llave de agua ésta se rompió y no había forma de parar el chorro de agua. Nos vestimos apresurados y por el teléfono llamé al conserje. Luego de un par de minutos, sin tocar la puerta, el conserje entró y se dirigió directamente al baño anegado, y cerró la llave de paso de agua de la habitación que se hallaba en ese lugar. Me cambiaron a la “suite” vecina, la que se mostraba menos habitable que la inicial y con olor a guardado. Pensé inmediatamente que dicha habitación no la habían utilizado por algún tiempo y por consiguiente le faltaba higiene y aseo.

A Leandra la llevé a su casa en taxi y en el mismo regresé al hotelucho. Subí a la habitación 222, entré y me desnudé para acostarme sobre la cama y tratar de dormir. Pasaron dos minutos y me levanté para dirigirme al comodín y servirme un trago de scotch, bebiéndolo de un sólo golpe. Apagué la luz y a oscuras inicié el proceso diario de dormir pero, en esta ocasión, me dificultaba el ruido que hacían los mullidos de las camas de las habitaciones vecinas que sin querer los escuchaba. Paralelamente, una gran tormenta se desató encima de la ciudad acompañada de copiosa lluvia.

Me puse a pensar cómo las parejas gastaban grandes energías en pocos minutos. Algunas paraban para retomar el ejercicio luego de un prudencial descanso. Otras, posiblemente más jóvenes o con más tensiones, seguían por mucho más tiempo agotando toda sus energías hasta el orgasmo para quedarse pasmados. También me puse a pensar que relación podría existir entre la actividad sexual y una copiosa lluvia. No llegué a ninguna conclusión que patrocinara una investigación científica. ¡ Y así, hasta que me dormí !

¡Desperté súbitamente !. Miré la hora y eran las 2 de la mañana. Un fuerte escozor sentía en el escroto que me hizo rascarlo para mitigar el dolor, pero fue peor porque aumentó la picazón. El escozor también era en varias partes del cuerpo, en las entrepiernas, nalgas y antebrazos. Me rasqué todas esas partes pero fue peor. Prendí todas las luces de la habitación y del baño para mirarme en el espejo y ver qué me estaba sucediendo. En esas partes del cuerpo y en la espalda se me veían inflamaciones rosadas circunscritas, irritantes y emanaban un olor fétido, hediondo y nauseabundo. Tanto era el escozor que me rasqué por todo el cuerpo y lo único que logré fue enojarme e hinchar más las picaduras irritantes.

Hice mi diagnóstico concluyendo que se debía a las picaduras de algún insecto. Revisé bien las sábanas de la cama y no encontré nada. Lo único que podía ser por las características del acoso y el descarte de otras hipótesis que se trataba de un chinche con toda su familia. También llegué a la conclusión que esa noche, a mis expensas, el chinche y su familia habían dejado su estatus de famélicos.

En vista de esta situación me senté en la única silla que tenía la habitación y traté de dormir sentado en ella. ¡Sólo pude estar en vigilia porque no soportaba el escozor ni el olor !

A las seis de la mañana llamé al conserje del hotel y le conté lo sucedido en tono de queja. Sólo atinó a decirme que lo sentía y que iba informar al gerente. Luego me fui a la ducha para asearme y, antes de entrar a ella, miré una cucaracha que al sentirme corrió asustada pero de nada le valió. Toda mi ira de la noche la descargué sobre ella, quedando estampillada al suelo. Al terminar de secarme me miré el cuerpo ayudado por el espejo y lo que miré fueron hinchazones por todos lados.

No soportaba la ropa interior porque al menor movimiento de mi cuerpo rozaba con las inflamaciones y las irritaban más, por consiguiente se me acentuaba el prurito. Con la camisa de vestir fue peor porque a ésta la habían almidonado y la sentía como lija de herrero. Realmente al terminar de vestirme me di cuenta que la solución de mi desgracia era la inmovilización.

¡Me sentía peor que una anchoveta en bacinica !.

Sonó el teléfono y fue un suplicio llegar a él. Era Leandra quien me saludó con mucho amor y deseándome haber pasado una noche apacible. Le conté mi situación y sus exclamaciones se notaron muy sentidas y con voz entrecortada me dijo que iba enseguida llevándome un ungüento calmante para mitigar el dolor localizado en cada rúbrica del chinche y su familia.

Mientras me rociaba loción para contrarrestar el hediondo olor a chinche, tuve que acercarme nuevamente al teléfono con gran irritación del cuerpo. Era el Doctor Marco Desiderio quien me comunicó que el Ministro Arce Bardales me recibiría a las diez y treinta de la mañana. También me comentó que la reunión sólo iba a durar diez minutos, porque el Director de Defensa Civil llegaría al Ministerio a definir la coordinación con el Ministro de Agricultura para la fase de rehabilitación del agro, luego de la etapa de emergencia ocasionada por la furia del Fifi. Miré por la ventana y la lluvia seguía con menos intensidad.

Llegó Leandra y no dejé que bajara del automóvil. Le dije que me llevara a desayunar. Le expliqué cual era mi situación y la necesidad de estar temprano en el Ministerio de Agricultura. Durante el desayuno le expliqué mi estrategia que utilizaría durante la entrevista con el Ministro, pero temía que el tiempo era demasiado corto para explicarle desde un punto de vista técnico y político la prioridad del proyecto. Ella, sólo atinó a decirme que revisara las prioridades de mis argumentos. Sus palabras me iluminaron y en ese instante cambié toda mi estrategia, ya no hablaría de la parte técnica. Inmediatamente le agradecí su gran consejo y le expliqué detalladamente la nueva estrategia. ¡Ella puso mucha atención !

o o o

- ¿Qué le pasa a usted, Doctor Aguiar ? - Preguntó el Ministro Arce Bardales cuando entré a su oficina acompañado del Doctor Desiderio - y prosiguió - Lo veo ojeroso, pálido y caminando medio desencajado.

Le conté mi experiencia con el chinche y su familia.

El Ministro se sonrió y en son de broma manifestó. - Ya iba a llamar a la secretaria para que ponga remedio a ese mal olor que ha invadido mi oficina, pero en vista de lo sucedido aguantaremos como damnificados. El Ministro añadió - Conozco todos los argumentos técnicos porque el Doctor Desiderio ya me los ha manifestado, pero no valen mucho para la situación de emergencia en la que vive el país. ¡ Nuestra causa estará perdida si no me da argumentos más convincentes !.

- ¡Señor Ministro! - le dije y añadí. - En situaciones de emergencia difícilmente los argumentos técnicos pueden cambiar una decisión de tipo económica dirigida a paliar la desgracia de los damnificados. Sólo argumentos políticos pueden revertir decisiones económicas y técnicas.

El Ministro Arce Bardales llevó su mano izquierda hacia la nariz y con los dedos índice y pulgar subió sus anteojos bifocales ajustándolos a la cuenca de sus ojos. Su rostro cambió hacia una expresión ceñuda.

- ¡ Explíquelo con relación al proyecto . Recuerde que no tengo mucho tiempo ! - dijo el Ministro ávidamente.

- ¡Señor Ministro ! Usted debe recordar que el proyecto tiene tres subprogramas. De acuerdo a las prioridades del proyecto, el primero es la construcción de la infraestructura física. El segundo está relacionado con la capacitación del campesino, la promoción de la agricultura y la ganadería, incluyendo la salud animal, por regiones, y la tercera es el establecimiento regional de oficinas de créditos agropecuarios para los pequeños agricultores. La decisión política que se debe buscar es la reubicación de las prioridades. En otras palabras, el tercer subprograma pasarlo a primero. De lograr este cambio se mantendría la prioridad política del proyecto. Los campesinos damnificados para rehacer sus parcelas o mejor dicho su vida requieren de estos créditos que son a muy bajo interés. - terminando así, mi somera explicación y con la mirada fija hacia la del Ministro.

El Ministro me escuchó con atención y luego de pensar medio minuto, su rostro rígido se hizo flexible asomando una leve sonrisa de triunfo y me dijo.- ¡Espéreme, no se vaya !

Hice gran esfuerzo para pararme y caminar como autómatas para evitar el roce de la ropa con mi inflamado escroto y el resto del cuerpo. Presentía que el Ministro me estaba mirando de soslayo y con sardónica sonrisa por mi estado calamitoso. Al traspasar la puerta de la oficina del Ministro tuve que hacerme a un lado para dejar pasar al Coronel Rufino Silva Contreras. El, al pasar cerca de mi inspiró, dos veces muy seguidas, haciendo ruido como para identificar algún aroma peculiar del entorno y en segundos volteó su cara y me miró fijamente, siguiendo su camino sin parar. Inmediatamente me di cuenta que la loción que me había rociado en el hotel ya se había evaporado y que emanaba un olor más hediondo que los excusados de la tribuna popular de un estadio municipal después de un partido de fútbol.

La secretaria del Ministro me hizo pasar a una salita especial de espera y el Doctor Desiderio se despidió de mi diciéndome que me llamaría por teléfono para que le contara sobre la reunión con el Ministro. Le pedí, por favor, a la secretaria que me comunicara con los hoteles de la ciudad para cambiar de alojamiento. No pude hallar lugar en ningún hotel y lo que hice fue comunicarme con el gerente del Hotel Las Ninfas. Al identificarme, el gerente, me dio toda clase de disculpas y me dijo que había ordenado la fumigación de la habitación 222 y, además, un aseo muy especializado. La noticia me dio ánimos para seguir soportando la picazón y el olor característico que me dejó el chinche y su familia.

0 0 0

- ¡ Madrina !, - Dije y proseguí - Quiero que me haga un favor muy grande pero antes de pedírselo, quiero contarle lo siguiente: Francisco me pidió que nos casáramos, la última vez que fui a visitarlo a su país. Yo, le contesté que no porque quería acompañarla a usted hasta terminar su gestión como Presidenta del Instituto. El, resignado, me dijo que estaba bien y que podíamos esperar....

Interrumpiéndome, mi Madrina dijo - Leandra, tu no tienes que sentirte obligada conmigo - Y siguió diciendo - Tu sabes que yo te quiero como a una hija y me sentiría muy feliz que se casen cuando ustedes lo decidan. Además, por casarte no tienes que dejar el trabajo inmediatamente. Yo creo que a Francisco le gustaría que sigas desarrollándote profesionalmente.... ¡ Creo que te interrumpí ! Dime, ¿ cuál es el favor que necesitas de mi ?

Y continué diciéndole - Francisco no sabe nada, ni quiero que sepa nunca que yo estoy intercediendo por él en asuntos de su trabajo. El proyecto que él elaboró ha sido postergado por decisión de mi Padrino y sus recursos serán asignados para diversos trabajos en la fase de rehabilitación de la zona que está afectando el huracán Fifi. Sin embargo, si a los subprogramas del proyecto se cambian sus prioridades se atenderían las necesidades inmediatas de los campesinos para poder rehacer su vida económicamente. Ello traería al Gobierno un gran rédito político, ganando así, muchos votos para el partido gobiernista. - Luego, añadí - De suceder lo que te acabo de explicar, yo podría casarme con Francisco y no vivir en el extranjero con él, porque a él se le contrataría como consultor internacional. ¿Quién mejor que él que elaboró el proyecto?

Mi Madrina me miró con ternura y me dijo con sonrisa burlona - ¡ Hoy voy a almorzar con Beni y hace mucho tiempo que no le digo lo que debe hacer !  
¡No te preocupes !: “Hoy será un día más en la historia de este país y del mundo que las mujeres hacen grandes a los hombres”. Y, como dice el pueblo en las calles: "el general recibirá órdenes del coronel ", ¡Ten la seguridad, hija mía, que esta tarde tendrás buenas noticias y podrás ponerle fecha a tu matrimonio! El más sabio consejo que te puedo dar es: “atrápalo antes que vuele” - y terminó de hablar guiñando un ojo.

Me acerqué a mi Madrina, dándole un abrazo y un beso con ternura, y susurrándole al oído un eterno agradecimiento.

○ ○ ○

Una de las secretarias se acercó y me dijo que el Ministro me estaba esperando. Me levanté como pude y traté de caminar, no tan lentamente, pero el roce de las prendas de vestir, con mi cuerpo, me causaban mucho escozor. Llegué frente al Ministro y me indicó que me sentara con un gesto adecuado en sus labios y mirando el sillón elegido.

- ¡ Doctor Aguiar ! El Coronel Silva Contreras no nos apoyará pero tampoco se opondrá. - me comentó el Ministro sin mostrar preocupación y prosiguió - Le he dicho a mi secretaria que me consiga una audiencia urgente con el Presidente para exponerle este nuevo enfoque. Mientras tanto conversemos más sobre este asunto para tener más fundamentos de tipo político. ¿Qué le parece?

- Señor Ministro, la posición del Coronel Silva Contreras era previsible por disciplina castrense. El ya tuvo su oportunidad de aconsejar al Presidente sobre el destino de los recursos económicos del proyecto. Con relación.....

¡El timbre del teléfono me interrumpió! El Ministro apretó un botón de la consola del teléfono y se escuchó a la secretaria informándole que el Presidente tenía la agenda llena el día de hoy y la de mañana, pero que él lo iba llamar por teléfono en el transcurso de mañana por la mañana. Así mismo, la secretaria le recomendó al Ministro que viera la televisión que estaban pasando las primeras vistas de los estragos del huracán Fifí. El Ministro así lo hizo y por cinco minutos estuvimos viendo horrorizados la secuencia fílmica que estaban mostrando. El Ministro apagó la televisión y dirigiéndose a mí me invitó a continuar nuestra conversación. Luego de agotar el tema, me manifestó estar convencido que el Presidente cambiaría de opinión sobre el proyecto. También me dijo que estuviera disponible mañana. Le respondí con aquel dicho, que dice: “donde manda capitán, no manda marinero “. El Ministro sonrió y me recomendó alejarme de los chinches. Sólo atiné a pensar: ¡Chinches, hijos de puta!.

Llamé a la oficina de Leandra, pero me contestaron que había salido a una comisión. En la puerta del Ministerio tomé un taxi y le dije al chofer que me llevara a “La Vaca Burlona”, un restaurante de carnes al brasero, tipo brasilero. Luego de quedar saciado, pagué la consumición y tomé otro taxi que me transportó hasta el Hotel Las Ninfas. Cuando el conserje me miró inmediatamente aviso al gerente, quien me saludó muy respetuosamente y me informó de las medidas que había tomado para que no me volviera a suceder lo de la noche anterior. Le agradecí y me encaminé a mi habitación. Una vez en ella, me di cuenta de la prolijidad del aseo y, además, la puesta de un sofá pequeño de dos cuerpos.

Mientras me desnudaba, para untarme el remedio que compró Leandra, sonó el teléfono. Era el Doctor Desiderio, a quien le conté la reunión con el Ministro y que desde las nueve horas de mañana iba a estar, en su oficina, a disponibilidad del Ministro. El quedó muy contento con el informe y me comentó que seguía tratando la búsqueda de un alojamiento más aparente. Le agradecí y continué con la aplicación del remedio sobre mi hediondo cuerpo. Me puse el calzoncillo y me dirigí al televisor, lo prendí y sintonicé una telenovela. Me acerqué al sofá, recostándome sobre su tapiz manchado y poniendo mis pantorrillas en uno de los brazos del mueble. Levanté la vista y la telenovela me indujo a recuperar el sueño perdido de la noche anterior.

Me desperté con intranquilidad y me di cuenta que era el teléfono que estaba sonando. Levanté el fono y era Leandra. Me dijo que aún estaba en la oficina y que se sentía muy cansada. Me dio a entender que quería ir a su casa y no salir para descansar aprovechando que su mamá no se sentía bien de salud. También me dijo que me portara bien porque estaba cerca de las tentaciones y que mañana temprano llegaría por mí para llevarme a desayunar. Luego de varios besos telefónicos se despidió. Yo me quedé intranquilo porque era la primera vez que se comportaba de esa forma. No me dio tiempo para contarle con detalle la reunión con el Ministro. Yo estaba muy entusiasmado con lo sucedido en esa reunión y su actitud no me dejó compartir con ella la felicidad que por ello sentía, a pesar de mi precaria salud.

¡Su frialdad desplazó mis sentimientos hacia la penumbra porque sentía que me estaba ocultando algo importante !

Dejé que mis pensamientos levantaran falsas conjeturas, pero una vez liberadas las tensiones y los celos inicié el retorno a la cordura para analizar con exactitud el comportamiento de Leandra . Llegué a la conclusión que tarde o temprano, en el momento adecuado, tendría que preguntarle el por qué de ese comportamiento.

Regresé al Hotel Las Ninfas después de cenar en el Hotel Maya. Aproveché para hablar con el encargado de las reservaciones y me aseguró que por ser un asiduo cliente tendría disponible una suite mañana en horas de la tarde.

Subí a mi habitación, me desnudé y serví un trago doble. Prendí la televisión en el canal que estaba dando noticias sobre el Fifi. El periodista comunicaba que mañana llovería todo el día en Tegucigalpa por la cercanía del huracán. También informó que Fifi estaba cambiado de rumbo con dirección al Mar Caribe. Luego pasaron una serie de vistas que mostraban los estragos ocasionados por el Fifi en pueblos, casas, carreteras, desborde de ríos, puentes destrozados, sembríos inundados, árboles de bananos arrancados de raíz, reses ahogadas mostrando sus vientres inflados, entre muchos otros. Miré la hora y eran las once y media de la noche. Pensé meterme en la cama y terminé mi trago de un sólo sorbo.

0 0 0

Tocaron la puerta, me acerqué a ella y pregunté - ¿Quién es?  
- ¡Usted no me conoce, Doctor Aguiar! - me contestó una voz de mujer y prosiguió hablando - ¡Podría tener la gentileza de abrir la puerta para hablar con una gentil dama que tiene costumbre de saber dirigirse a hombres notables como usted!

La curiosidad por la forma de expresarse me hizo entreabrir la puerta y me encontré frente a una señora mulatizada. La observé rápidamente y me di cuenta que se trataba de una mujer de la calle. Era bonita y esbelta a primera impresión, aunque se le notaban formas redondas por su estilo de vida. Sus facciones finas, posiblemente de origen ario, contrastaban con el color de su piel y con la intensidad de los cosméticos que usaba. Le pregunté - ¿Señora, qué desea?

¡Apreciado Doctor Aguiar, tome usted mi tarjeta de presentación y a través de ella podrá usted hallar mi experiencia laboral! Soy una dama con educación primaria y secundaria completa y dos de universidad en la facultad de relaciones públicas.

La interrumpí levantando y adelantando mi mano, y regresándola. Ella haciendo caso a mi ademán calló y aproveché para leer su tarjeta, que decía: "Petra Schmidt Lobo", y abajo del nombre "Ebanista del Amor". Luego y más abajo el número de un teléfono. La miré y le dije que continuara.

¡Carísimo Doctor Aguiar ! He venido a importunarlo para pedirle un favor pero, antes de manifestarle tal deseo, usted debe saber el ¿por qué? Señor doctor, tenga la bondad de sentarse en el sofá y yo me sentaré en frente a usted, en esa silla, para mirarnos como lo hacen dos personas que van a dialogar sobre la experiencia cotidiana, por supuesto, guardando las diferencias de especialidades profesionales. Terminado el preámbulo entró inmediatamente a la historia, aunque cercana no deja de serla. Yo fui violada, en mi propia cama, cuando tenía trece años de edad por un ex-amigo de mi padre. Si bien es cierto, fue una violación porque se hizo a la fuerza y sin mi consentimiento, yo gocé muchísimo. Gocé tanto, que me sentía transportada a un edén en los cuatro orgasmos que tuve durante el impetuoso abuso. Cada día que pasaba y, en la cama, cada vez que pensaba en el acto sexual, inaguantablemente me venían raudos los cuatro orgasmos. Tanto así, que se incorporó en mi subconsciente y se me volvió una fijación mental permanente. Como usted ya deberá intuir, carismático doctor, la cama es una limitante de mi ejercicio profesional, porque con cada cliente, solicitante de mi experiencia, estaría dando cuatro orgasmos. El promedio por noche son cinco parroquianos, por lo tanto serían veinte orgasmos diarios.

Llevando la mano hacia su boca tosió y levantó sus ojos desorbitados y yo la acompañe siguiendo su mirada hacia el techo. Luego, me miró y cruzó las piernas, deliberadamente, para mostrar sus encajes interiores de seda blanca.

-Por lo expuesto – prosiguió - mi ejercicio profesional lo desarrollo en cualquier otro lugar que no sea una cama. De esta forma, controlo mis emociones y cualquier otro tipo de manifestación que perjudiquen mi estado físico y/o salud, envidiada por algunas colegas de eximia especialidad. ¡Dadivoso doctor !, no escapará a su elevado y equitativo criterio que mis fundamentos expuestos son de utilidad pública, y por los años de servicio prestados a la comunidad con prolijidad, higiene, puntualidad y dedicación no podrá negarme el favor que he venido a solicitarle. No obstante lo anterior, para proscribir duda alguna, es mi deber hacer de su conocimiento que yo y otras cuatro colegas siempre pedimos la habitación 246, de este hotel, porque en él había un sofá. Otro sí, mi querido doctor, en vista de mi fijación mental tuve que perfeccionar el acto sexual en un sofá. Ello, me permitió crear una metodología de trabajo sin mucho esfuerzo, el que divulgué a mis colegas a través de un manual, que lo intitulé “Arquitectura sexual en espacio limitado”. El manual además de estar dirigido a mis colegas, también orienta sexualmente a hombres y maridos que no hallan complacencia y satisfacción en hogares convencionales - calló y sacando de su bolso el manual foliado, engargolado y con tapa en vivo color rojo, estirando su mano me entregó un ejemplar.

Tomé el manual y me indicó que mirara la segunda página. Ahí se hallaba escrita una dedicación a mi persona, que decía : “ Al magnífico Dr. Aguiar, con el respeto que se merece un Maestro, le dedico con gran aprecio este fruto de mi modesta experiencia sobre el amor sin barreras ( camas)”. Firma, Petra. - Le agradecí y continuó con su solicitud.

- ¡ilustrísimo Doctor ! . Nosotras sabemos los problemas que usted tuvo ayer en la noche y también sabemos que el gerente, para congraciarse con usted, trasladó de la habitación 246 a la 222 el único sofá que tiene este hotel y en el cual usted está reposando sus queridas nalgas. En ese único sofá, yo, su servidora incondicional, y mis cuatro eximias colegas hacemos el amor con nuestros parroquianos en diferentes turnos, ¡valga la aclaración! Por lo expuesto anteriormente y en virtud a su amor por el prójimo, deseo solicitarle, en nombre de mis colegas y en el mío propio, que tenga la fineza de dirigirse, por teléfono, al conserje del Hotel y ordenarle para que, en el término de la distancia, retire el sofá de su habitación. ¿Lo hará usted, verdad ?

¡Así, terminó la solicitud de Petra! Tomé el teléfono, hablé con el conserje y en menos de dos minutos al sofá lo rumbeaban hacia la habitación 246 acompañado de una feliz escolta liderada por la “Ebanista del Amor”.

¡Regresé a mi cama para dormir, apagué la luz y cerré los ojos pensando que a estas alturas del partido con el Fifí, el chinche y su familia, el proyecto y el sofá de Petra, cualquier cosa que me sucediera en el futuro debería ser previsible!

#### **IV DESTINO FINAL**

- ¡Francisco ! ¿Estás durmiendo ? - me preguntó Leandra.

- No, cariño. Sólo estaba con los ojos cerrados porque estaba recordando aquellos años cuando nos conocimos - le contesté y le pregunté - ¿Qué se te ofrece ?

- Sólo era para recordarte que nuestros hijos están organizando una cena para celebrar nuestro vigésimo tercer aniversario de bodas. No vayas ha comprometerte para el próximo viernes - paró de hablar para respirar y me preguntó - ¿Qué pensabas sobre nosotros ?.

- Recuerdas que a raíz del huracán Fifí viajé a Tegucigalpa para que el proyecto pudiera seguir adelante y que estuve mal de salud por la picadura de los chinches de ese “hotelucho” en que me alojé, y que tuve una reunión con el Ministro de Agricultura y que él se iba a reunir con el Presidente para revisar su decisión sobre el proyecto. Recuerdas que ese día era el que más te necesitaba a mi lado y que tu comportamiento fue muy frío al quedarte en tu casa. Me puedes contar ¿por qué te comportaste así?

- Lo que pasó fue lo siguiente: Yo le hablé a mi Madrina sobre tus fundamentos políticos con relación al proyecto y le dije que convenciera a mi Padrino para que cambiara de opinión sobre el proyecto . El Coronel le ordenó al General y éste, además, contabilizó el rédito político en base a tus argumentos, y le dijo al Ministro manos a la obra. Yo, ese día tenía que estar en la casa porque mi Madrina me iba llamar para comunicarme el resultado de su conversación con mi Padrino. Francisco, ese día estaba muy nerviosa porque era la primera vez que interfería en tus asuntos. ¡Eso fue lo que pasó, espero que no te molestes por lo que te acabo de contar!

- ¡Recién puedo atar aquellos cabos que tenía sueltos!, Leandra, lo que hiciste fue maravilloso porque lograste consolidar nuestro destino.- La tomé de un brazo, la traje suavemente hacia mi y la senté sobre mi falda, su lugar preferido, y le di un beso de agradecimiento. Ella, se separó de mí, me miró, sonrió, se acercó y me dio un beso, también, de agradecimiento.

Con ella sentada en mis faldas, tomé papel y lápiz de la mesita auxiliar, y escribí lo que se me vino a la mente. Se lo entregué y ella lo leyó en voz alta:

“En aquella época cuando el tiempo comenzó también las historias de amor. Simples son las que se narran y complejas las que se viven”.

**FIN**

JotaE.